



Jornadas de Investigación en Filosofía

Departamento de Filosofía.
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.
Universidad Nacional de La Plata

El lugar de las ideas. El impreso periódico y la circulación de las ideas en el siglo XIX

Hernán Pas (UNLP-CONICET)

¿Cómo se forman las ideas? Tanto esta pregunta, como la alegórica respuesta que imaginaba Sarmiento alrededor de 1850 se enmarcaban en lo que podríamos caracterizar como presupuestos globales del liberalismo decimonónico –diseminados en los múltiples “ismos” que deparó la Ilustración: individualismo, racionalismo, utilitarismo, republicanismo. De ahí que la respuesta se centre en las capacidades receptoras del individuo: “Yo creo –decía Sarmiento– que en el espíritu de los que estudian sucede como en las inundaciones de los ríos, que las aguas al pasar depositan poco a poco las partículas sólidas que traen en disolución, y fertilizan el terreno” (1970 [1850]: 128). Y de ahí, también, el interés que ofrece el ejemplo que da Sarmiento sobre su propia formación: en su primera estancia en Valparaíso pudo comprobar que manejaba ya un amplio espectro de lectura, compuesta por el catálogo de libros publicados por la imprenta El Mercurio. Textos de filosofía, política, literatura, pía y ficcional, provenientes de Europa, en su mayoría de Francia. Años después completaría ese cultivo la llegada de Quiroga Rosas a San Juan, con “la *Revista Enciclopédica* como síntesis de todas las doctrinas” (ídem, 129). Cuando Alberdi, en la famosa polémica que sostuvo con Sarmiento después de Caseros, se propuso criticar las ideas desplegadas en su *Facundo*, señaló, como falla principal, el acoplamiento forzoso de ideas exógenas a la realidad de las pampas argentinas.

En esa crítica resonaba un principio de formulación de lo que Schwarz denominó, hace ya varias décadas y resumiendo toda una línea de interpretación conceptual, “ideas fuera de lugar”. Las ideologías europeas –en este caso el liberalismo– resultaban una adaptación artificial por parte de las élites criollas de Latinoamérica, dado que el contexto de “recepción” difería de su lugar de producción –la esclavitud en Brasil refrendaba, así, la falsedad de esa adaptación. Más allá de la controversia y de lo superada que pueda ser la posición de Schwarz –a la que Sylvia de Carvalho Franco respondería diciendo que las

ideas “nunca están fuera de lugar”–, lo cierto es que la dialéctica de asimilación entre modelo y copia, o centro y periferia, sigue siendo –como lo demuestra la comparatística actual– un punto conflictivo a la hora de examinar los complejos procesos de producción, transmisión y apropiación de ideas. Y lo es particularmente si atendemos al desigual intercambio que caracterizó la socialización de lo que podríamos llamar materia textual del romanticismo. Es decir, los modos en que ciertas ideas –en este caso estéticas– generadas en un contexto determinado –en este caso el de Europa central– logran imponerse transnacionalmente vinculándose a necesidades heterogéneas.

La primera hipótesis que me gustaría desarrollar aquí tiene que ver con las formas de circulación. Y me apresuro a aclarar que las *formas* a las que me refiero tienen que ver tanto con el soporte material como con las prácticas que contribuyen a su transmisión. En este sentido, me parece justo señalar que a más de la cultura estrictamente libresca –reducida, como bien sabemos, por la censura y por la carencia hasta bien avanzado el siglo de un mercado del libro, a una élite letrada y sus circuitos colegiados de lectura–, lo que posibilitó la expansión, discusión y apropiación de las ideas e imágenes que componían el universo conceptual del romanticismo fue el desarrollo de la imprenta y de su artefacto más novedoso: el periódico.

Un hecho comprobable en la primera mitad de siglo en Latinoamérica quizá no sea tanto esa función de homogeneización que atribuyó Anderson (1993) al impreso periódico como el más pedestre pero significativo de que los letrados criollos no sólo fundaban, editaban, redactaban y leían periódicos sino que también los hacían circular y los importaban. Periódicos como *Le Globe*, *Journal des Debats*, *Revue de Paris*, *Revue des Deux Mondes*, *La Colmena*, *El Correo de Ultramar*, *Edimburg Review*, *El Instructor*, para solo nombrar los más destacados, figuran en la lista de los más consumidos por la élite letrada en Sudamérica. Este fenómeno de circulación transnacional del capital simbólico resulta decisivo para evaluar las redes materiales que contribuyeron a la constitución de un imaginario nacional. Si pensamos en los debates y en los modos de auto-comprensión del romanticismo europeo por parte de las élites letradas locales, pero también en la circulación efectiva de los autores, textos y juicios estéticos privilegiados del romanticismo europeo, el impreso periódico –antes que el libro– vendría a encarnar el objeto elemental de intercomunicación en el marco de un proceso incipiente de interiorización de modelos literarios (o políticos). De modo que resultaría más efectivo abordar la semiosis textual del romanticismo –lo que, en términos de concepciones estéticas, representaría una “dominancia interdiscursiva”, para usar una fórmula de Marc Angenot– atendiendo a la materialidad de su circulación antes que a los posibles resultados empíricos, que nos llevarían a discutir nuevamente en términos de copia y modelo, centro y periferia. Es decir, privilegiar los mecanismos que inciden en la producción y difusión de un discurso

dominante puede ser un modo de destrabar la lógica binaria a la que nos conduce el consabido supuesto de los intercambios asimétricos.

Como sostiene Robert Darnton, “la pregunta crucial no tiene que ver con el origen del mensaje sino con su amplificación y con su asimilación: con la forma en que reverberaba en la sociedad y se volvía significativo para el público” (2008: 286). ¿Por qué circulan unas ideas y no otras, por qué algunas son asimiladas y otras desechadas? ¿Cómo, en definitiva, cobran significancia para la sociedad, o para un sector de esa sociedad?¹ Darnton, especialista y agudo observador de fenómenos tales como la circulación y apropiación de lecturas, ofrece un ejemplo que quisiera retomar aquí puesto que se trata nada menos que de un entramado conceptual decisivo en la constelación de imágenes e ideas que nutrirá el romanticismo ilustrado criollo en Latinoamérica.

Hacia fines del siglo XVII, el reinado de Luis XIV había entrado en una etapa catastrófica, tanto en sus guerras de expansión cuanto en sus políticas al interior del régimen. Para los intelectuales aristócratas, el problema residía en el aparato estatal y en el propio rey. Y para Montesquieu, que continuaba la senda de esas ideas, el problema señalaba un tipo de Estado peculiar: un despotismo, distinto de la monarquía y de la república.

Las clasificaciones previas por lo general siguieron el método de Aristóteles: distinguir Estados según el locus de su poder: gobierno de uno (monarquía), de muchos (aristocracia) o de todos (democracia). Pero Montesquieu se concentró en el desarrollo histórico de los sistemas políticos, y la Francia de Luis XIV, como apareció en *Lettres persanes* y en *De L'Esprit des lois*, parecía una monarquía en el proceso degenerativo hacia el despotismo (2008: 320).

Tal idea, sostiene Darnton, preocupado por observar el sistema de la literatura ilegal, fue reforzada por los pleitos entre jansenistas y entre el parlamento y la corona. De modo que, cuando la crisis de 1771-1774 sacudió al reino, “los *libellistes* pudieron respaldarse en una explicación teórica e histórica de los acontecimientos. Desde luego que no escribían teoría política, pero tampoco producían nada más [que] propaganda para los parlamentos” (ídem: 321). El pasaje de la teoría a los escritos injuriosos que relata Darnton no sólo ofrece una explicación del proceso marginal de deslegitimación del Antiguo Régimen, sino que también demuestra los modos difusos en que fueron asimiladas ciertas ideas, como la del despotismo, que filtró así la literatura prohibida y los márgenes de la autoridad discursiva.

¹ Las preguntas glosan algunos de los presupuestos que despliega Elías Palti en su lectura crítica de Schwarz.

Como sabemos, la tesis de Montesquieu, cuyo método deductivo evidenciaba sus deudas con el cientificismo europeo que empezaba a dominar en la época,² se expandió en un cúmulo de presupuestos culturales y políticos por todo occidente. Y tuvo una incidencia fundamental tanto en las ideas políticas como en los protocolos de lectura del romanticismo. Roberto Ventura ha examinado, por ejemplo, cómo en el caso brasileño la historiografía romántica pensó los orígenes del estilo vinculados a la acción diferenciadora del medio ambiente o a la mezcla étnica y cómo esa tesis derivó toda su potencia argumentativa de la vulgata climático-naturalista proveniente de Montesquieu y Buffon, produciendo un sincretismo de ideas y conceptos, dislocados así de su función de origen. En el Río de la Plata, las ideas de *El espíritu de las leyes* fueron discutidas tempranamente, y orientaron varias páginas y descripciones de textos capitales de la literatura argentina, entre ellos, como se sabe, el *Facundo* de Sarmiento. Alberdi, por ejemplo, ya hacía uso explícito de las teorías climatológicas de Montesquieu en 1834.³ Por otra parte, varios trabajos han explorado el circuito libresco antes y después de la Independencia, ofreciendo una descripción aproximada de los acervos bibliográficos, el comercio y la circulación del libro, los lugares de venta y de lectura, los títulos más difundidos, etc. (Cruz de Amenábar, 1989; Rípodas Ardanaz, 1989; Subercaseaux, 1993; Parada, 1998, 2005, 2007; De Sagastizábal, 1995, 2002). Se sabe, por ejemplo, que si bien la apertura mercantil generada por la revolución marcó un hito decisivo en la entrada y circulación de textos ‘modernos’ –entre ellos, el de Montesquieu–, hacia mediados del siglo XVIII había comenzado ya un lento pero significativo tráfico de lecturas no canónicas –en su sentido menos lato, el de la literatura religiosa.⁴ Atendiendo a esas pesquisas, puede postularse que a mediados de la década de 1820 el texto de Montesquieu se

² Las observaciones aparecen en el libro decimocuarto, “De las leyes con relación al clima”. El evidente modelo cientificista puede constatararse en los “experimentos” relatados por Montesquieu como base argumentativa. Uno de ellos refiere al análisis del “tejido exterior de la lengua de un carnero” del que Montesquieu deriva la diferencia de “sensibilidad” entre los países fríos, templados y tórridos. Cfr. Montesquieu, s/f: I, 330.

³ En la *Memoria descriptiva del Tucumán* (1834), de Alberdi, el pensamiento de Montesquieu y sobre todo su noción de “despotismo” son retomados en la “sección” del ensayo que lleva por título “Carácter físico y moral del pueblo tucumano bajo la influencia del clima” (título que anticipa, por supuesto, la mención al “aspecto físico” del primer capítulo del *Facundo*). Alberdi intentaba demostrar por entonces que el “clima” selvático de Tucumán no ejercía influencias negativas en la población y terminaba contradiciendo y negando los asertos del racionalista francés. Sin embargo, terminaban por avalar la influencia climática y geográfica y diseñaba dos grandes categorías sociales (los temperamentos “biliosos y melancólicos”) que definían, a su vez, caracteres reconocibles en los distintos estratos. “Una de las conclusiones que se siguen de estas observaciones –escribe Alberdi– es que el plebeyo tucumano es más apto para la guerra y el distinguido para las artes y las ciencias” (Alberdi 24).

⁴ Cruz de Amenábar, por ejemplo, anota que en la biblioteca particular del Obispo de Santiago Miguel de Alday y Aspée había un total de 1.095 volúmenes, y que entre ellos se hallaban obras como el *Teatro Crítico* (cuyos 8 volúmenes aparecieron entre 1726 y 1740) del español Benito Jerónimo Feijoo al lado de títulos como la *Histórica Relación del Reino de Chile* y de los nombres más prestigiosos del Siglo de Oro, como Góngora, Cervantes y Quevedo (Cruz de Amenábar 1989: 107-213)

difundió con relativa holgura en Buenos Aires.⁵ Es decir que para cuando Alberdi o Sarmiento (o Juan María Gutiérrez, como enseguida veremos) escribían sus textos, esas ideas habían tenido ya una relativamente amplia expansión y recepción local.

Ahora bien, aquí no nos interesa el rastreo de esas articulaciones –a fin de cuentas, el fenómeno de la lectura sigue siendo un campo potencialmente conjetural–, sino más bien observar cómo ese cortejo de ideas “reverberaba” en la sociedad criolla, o, al menos, en un sector, el letrado, de esa sociedad. Y, del mismo modo en que los libelos franceses previos a la Revolución se apropiaron de una parcela –la injuriosa– de esa teoría, interesa captar el modo en que se propagó y se impuso un vector determinado de esa imaginaria: la asimilación ampliamente explotada por los letrados rioplatenses entre formas despóticas de gobierno y rasgos o costumbres orientales.⁶ Para ello, me voy a detener en la lectura de un periódico, *El Recopilador*, que se publicó en Buenos Aires en 1836 y cuyo redactor principal fue nada menos que Juan María Gutiérrez.

Entre las características sobresalientes del periódico porteño hay que destacar la presencia de imágenes litográficas, recurso establecido por primera vez un año antes por su empresa antecesor, esto es, el *Museo Americano* (también publicado por la Imprenta de Hipólito Bacle, llamada “Litografía del Estado”). Una lámina a página completa

⁵ Alejandro Parada, leyendo los avisos de comercio de *La Gaceta Mercantil* entre 1823 y 1828, ofrece un listado de los autores citados con mayor frecuencia en el período. Entre ellos, aparece el autor de *El espíritu de las leyes*. Mi propia pesquisa, de hecho, contribuye con esta hipótesis. En efecto, el texto de Montesquieu es nombrado con frecuencia en los avisos periódicos del segundo lustro de esa década. Cito sólo algunos ejemplos a modo ilustrativo:

Venta de libros. Llegaron ayer de Europa por la vía de Montevideo cerca de 800 tomos de libros de los mejores escritores franceses, ingleses y castellanos, y se encuentran en la litografía de Douville y Laboissiere calle de la catedral número 129 con muchos otros renglones, tal cual varios tomos de modelos de máquinas, un gran tomo con 200 láminas de todos los instrumentos rurales del mundo, cosa que no se ha visto en este país, música para violín, flauta, piano, &c., las obras de Chateaubriand, Condillac, Fontenelle, Montesquieu, M. De Staël, Parenay, &c. Duphis sobre el origen de los cultos, &c. (*Crónica Política y Literaria de Buenos Aires*, N° 9, jueves 22 de marzo de 1827, p. 4, col. 3).

Libros recién llegados de Europa: Cartas de Heloise, cuentos en verso. Choix de Voyage de Macarthy. Commentaire sur Montesquieu. Collections des constitutions. Derecho de Gentes por Vattell. Economie politique por Malthus. Fisiología de las pasiones. Lecciones de Geografía. Novelas nuevas. Obras jocosas de Quevedo. Physique en 20 leçons [...] Voz de la naturaleza, y otras varias obras se hallan en venta en la Librería de la Independencia (*La Gaceta Mercantil*, N° 1262, 6 de febrero de 1828, p. 4, col. 3).

Obras literarias recién llegadas de Europa: En Francés: Aurélie y Valérius (...) Barbier de Paris. Benjamin Constant. Botanique de Linnéus. Clarisse Harlowe. Choix de auteurs profanes. Blackstone. Choix de Voyages de Maccarthy. Constitution de la France. Destutt de Tracy. Modeles de escritura. Esprit des lois. Malthus (...) Humboldt. La Harpe (...) Montesquieu. Memories de Sainte-Heleine (...) Nouveilles anglaises. OEuvres de Guizot, de las Casas, de Machiavel, de Voltaire, de Massillon. Caaracettes de Labruyere. Parnasse italien... (*El Tiempo*, N° 16, 20 de mayo de 1828, p. 4, col. 3).

⁶ Tal mediación intertextual supone una analogía paradigmática en las letras argentinas (sobre todo en el *Facundo* de Sarmiento): la comparación entre el mundo árabe y el mundo del gaucho.

acompañaba cada número y, a su vez, cada lámina venía seguida por un artículo que aludía o describía esa portada.⁷ Pero, a diferencia del *Museo*, en *El Recopilador* imágenes y palabras confeccionan una empresa editorial más razonada. Me refiero, por ejemplo, al hecho de que se alternen en sus páginas textos extranjeros con producciones locales (como “Apología del matambre. Cuadro de costumbres argentinas”, de Esteban Echeverría, poesías de éste y de otros como Esnaola o Gutiérrez, ensayos como el de Thompson dedicado a la poesía y la música en Buenos Aires, etc.), y de que predominen temas literarios antes que diversos objetos enciclopédicos, a diferencia de lo que sucedía en el *Museo*.

Ecléctico, romántico e ilustrado,⁸ el semanario difunde la descripción de lugares y sociedades desconocidas, cuyo carácter de *extrañeza* buscan “retratar” las representaciones litográficas que las acompañan. Voy a recurrir deliberadamente a un fragmento de esas descripciones para iluminar algunas de las características prominentes de ese programa:

“Si sus habitaciones y andrajos repugnan y repelen, no por eso tema nada el viajero que se extravíe en aquel páramo, pues hallará allí más hospitalidad y sincero desinterés que en los demás puntos ricos y civilizados [del Departamento]”. (*El Recopilador*, N° 2, pág. 10, col. 2)

Cualquiera que haya abrevado en el intertexto formado por los relatos de viaje y los ensayos iniciales de la llamada “generación romántica” argentina –entre los cuales las *Cartas* de Echeverría resultan un ejemplo privilegiado– no dudaría en asimilar a este pasaje la referencia a las “sencillas y hospitalarias chozas” –así como a las virtudes– de los gauchos argentinos. Sin embargo, este fragmento pertenece a un artículo sobre “Los habitantes de *Las Landas*”, una región francesa ubicada entre “el río Adus y la ciudad de Burdeos”, y cuya lámina litográfica “representa –dicen los redactores– a los habitantes de los páramos de la Gascoña, vestidos con el traje *singular que les es propio*, que en vano se buscaría en algún otro lugar del mundo”⁹ (ver fig. 1). El significado de singularidad y extrañeza se liga a lo lejano, a lo no conocido, pero sobre todo se vincula aquí al tópico

⁷ En la mayoría de los casos, los artículos estaban tomados de otras publicaciones extranjeras. Por ejemplo, de la *Revue Européenne*, del *Magasin Pittoresque*, *The Teller*, *France Maritime*, combinados con artículos de J. J. de Mora, C. Nodier, *Figaro* (M. J. de Larra), Chateaubriand, entre otros.

⁸ En el número 16, bajo el título de “*El Recopilador* a sus suscriptores”, se aclara el eclecticismo de la publicación mediante la idea de una necesaria educación de “muchas noticias, ideas y nociones tan exactas como necesarias”, y se resume la propuesta de los redactores bajo el adagio horaciano que une al deleite la necesaria utilidad de las lecturas (*Omne tulit punctum, qui miscuit utile dulci, Lectorem delectando*). A su vez, la iconografía es ya típicamente romántica, y tanto los escritos de la joven generación cuanto los pertenecientes a firmas extranjeras se insertan en el vago horizonte de las ideas románticas.

⁹ *El Recopilador*, n° 2, pág. 9, col. 1. El subrayado me pertenece.

romántico del *exotismo* como particularidad cultural, propio de una región, un pueblo o una nación.



Fig. 1. Litografía de *El Recopilador* (Nº 2). Los habitantes de *Las Landas*

En ese marco, Juan María Gutiérrez, principal redactor del periódico, escribe un ensayo sobre “El caballo en la provincia de Buenos Aires” que es, en rigor, un ensayo sobre las costumbres de sus encumbrados jinetes, es decir, sobre los gauchos. Entre sus párrafos, Gutiérrez escribía lo siguiente:

“El hombre de nuestra campaña es esencialmente independiente, y reúne todas las buenas condiciones que acompañan al amor de la libertad personal y al aborrecimiento de la sujeción y de la fuerza (...) Señor de los campos, rey de la llanura, como un cóndor lo es de los aires y de la cordillera ¿quién le sojuzgará si monta un caballo propio para burlarse de un alcalde?” (*El Recopilador*, N° 3).

Como se deduce del ensayo, es en el campo donde el gaucho, “rey de la llanura”, *representa*, como un ícono del paisaje que lo rodea, las costumbres originales del territorio que perviven por fuera del impulso civilizador de las naciones modernas. Exentas del rasero de la ilustración,¹⁰ esas costumbres se presentan como fuente privilegiada para fundar una tradición local –desligada ya de los modelos neoclásicos– y, por lo tanto,

¹⁰ Así principia el párrafo citado: “Si todas las capitales se parecen, no es dentro de Buenos Aires donde ha de examinarse el influjo que ha tenido este animal en nuestro carácter y propensiones: la ilustración borra de la fisonomía de los pueblos todos los rasgos originales porque su tendencia es la de reducir a los hombres a una sola familia y traerlos a un mismo modo de pensar” (ídem).

deben ser incorporadas al orden de la letra a fin de retratar los rasgos diferenciales que debería adoptar una literatura nacional.¹¹ “Los naturalistas –dice un pasaje– han observado la íntima relación que existe entre la velocidad de los animales y la intensidad de su potencia visual”. Y más adelante: “Nuestros paisanos que son sobre el caballo como hechos de una misma pieza, de un mismo tronco, como una estatua ecuestre (...) han convertido en propiedad suya la velocidad del movimiento de aquel animal” (*El Recopilador*, N° 22).

El texto de Gutiérrez puede ser leído entonces como un temprano ensayo del nativismo criollo costumbrista, un tipo de narrativa que había comenzado a atribuir a los gauchos – como lo hacía en su ensayo el propio Gutiérrez apelando a la novela de Voltaire, *Zadig o el destino*– ciertos rasgos provenientes de la cultura árabe.¹² Resulta sugerente, por lo mismo, la cantidad de artículos o reseñas que *El Recopilador* dedica a los países asiáticos, como Siria o Turquía, entre otros, con el fin de ofrecer, como se dice acerca de Japón, “algunos rasgos característicos de la fisonomía de aquellos pueblos cuyos usos y costumbres son del todo distintos de las naciones para nosotros más conocidas”. Una litografía que reproduce una pintura original del pintor francés Deschamps, por ejemplo, sobre un “Cuerpo de guardia turco”, incita a los redactores al comentario siguiente:

“Nada mejor, que una serie de cuadros de esta especie, para dar una idea exacta de las costumbres de un país: *representadas por un medio que tanto se acerca a la naturaleza*, y hace tan viva impresión en los sentidos, se recibe una instrucción más exacta y duradera, que con la lectura de las descripciones de viajeros, por muy prolijas que estas sean”. (*El Recopilador*, N° 9, pág. 71, col. 1 [nuestro subrayado])

La creencia en un tipo de representación naturalista o realista indica la potencia del estereotipo colonial: en la imagen (ver fig. 18) las milicias turcas aparecen al amparo de una choza precaria y con una actitud de ocio y pasividad que desautoriza su carácter militar, instalando la idea de una contigüidad entre espacio natural (ambiente) y sus habitantes. Por lo demás, y como es previsible, el artículo que acompaña esta lámina reproduce la perspectiva irónica sobre los intentos por parte de los generales franceses de domesticar a las milicias nativas: “los turcos aprenden con mucha dificultad a llevar el paso”, dirá.

¹¹ Dice el redactor del ensayo: “Jóvenes, una mina inagotable de originalidad teneis bajo las plantas: los que deseais escribir con independencia de las trabas que imponía un gusto caduco y apocado, buscad en vosotros mismos y en la naturaleza que os rodea, los rasgos de nuestra fisonomía y retratadlos”.

¹² También hay un intertexto con el famoso relato de Head, aspecto del que no puedo ocuparme aquí por razones de espacio. Para un desarrollo más amplio de esta cuestión: Pas (2009).



Fig. 2. Litografía de *El Recopilador*. Cuerpo de guardia turco. Buenos Aires, 1836

De allí que, en ese contexto, el ensayo de Gutiérrez cobre otra relevancia, pues, al enfatizar la mutua dependencia entre paisano y caballo, parecería reproducir las convenciones estereotípicas del romanticismo iconográfico y discursivo de la época, anticipando, al mismo tiempo, algunas de las principales operaciones letradas vinculadas a la construcción de una literatura nacional. Dice, por ejemplo, Gutiérrez:

“El movimiento del caballo despierta la meditación e impone silencio al jinete: las ideas se suceden con la rapidez del galope; pero los labios se niegan a expresarlas, tal vez porque la excesiva actividad como el profundo reposo producen iguales efectos. ¿No podría explicarse por esta observación, el carácter silencioso de nuestra campaña y la especie de pereza que tienen para expresar lo que piensan y sienten?” (*El Recopilador*, n° 3, pp. 18 y 19, cols. 1 y 2)

Sobre el final de su ensayo, aprovechando esa transitividad retórica que homologa espacio natural y gaucho, animal con paisano, Gutiérrez escribirá la frase que sintetiza las contradicciones de esa rusticofilia romántico-ilustrada: “si quieres conservar tu gracia y tu belleza, y despertar ideas y sentimientos poéticos, no dejes el campo por el estrecho pesebre de las ciudades” (ídem, n° 3, pág. 18, col. 1). Mediante una escritura que busca retratar “escenas nacionales”, Gutiérrez parecería reproducir un tópico paisajístico consagrado por el romanticismo: es en el campo donde el gaucho convoca la efusión poética pues allí se da la impresión del cuadro, la común armonía entre individuo y

territorio, entre cultura y naturaleza. Y, de hecho, Gutiérrez reproduce dicho tópico. Pero hace, además, otra cosa. Porque la exhortación del pasaje que acabo de citar no está dirigida al gaucho, sino al caballo.

El ensayo de Gutiérrez, sintomáticamente, no está destinado a *ilustrar* ninguna lámina, y tampoco hay ninguna litografía sobre los versados jinetes de la pampa. El público lector podía, sin embargo, potencialmente, realizar una operación sugerida por el semanario de modo implícito: construir su propia estampa imaginaria. Por efecto transitivo, ese hipotético cuadro podría destacar los *rasgos característicos de la fisonomía* de aquellos sujetos *cuyos usos y costumbres* eran conocidos aunque en parte ajenos a los lectores, a su vez que serían *del todo distintos de las naciones* menos conocidas. En esa estampa hipotética del gaucho argentino sobresaldrían la *originalidad* de su “gracia” y “belleza” – entre otras cosas, sus premodernas dotes arábicas, tan explotadas retóricamente por Sarmiento en su *Facundo*¹³ con la misma fidelidad mimética que los redactores del semanario porteño atribuían a los cuadros que sus litografías reproducían.

Retomando la pregunta inicial, estas imágenes y textos de *El Recopilador* nos permiten juzgar de qué cómo lo *decible* –tomando prestada una fórmula de Angenot– se expresaba en la respuesta de Sarmiento. Y también de qué modo lo *decible* se expresa en el mismo periódico. En efecto, si “una idea siempre es histórica”, si “no se puede tener cualquier idea, creencia u opinión” (Angenot 2010: 16), las páginas de *El Recopilador* nos muestran, a su vez, lo que la respuesta de Sarmiento sublimaba en una subjetividad individualizada: que las “partículas sólidas” de las que allí hablaba, no se “depositan” en el espíritu estudioso, sino que, por el contrario, saturan el imaginario social e instalan una predominancia discursiva, bajo cuyos afluentes simbólicos y conceptuales cualquier espíritu –incluido el de Sarmiento– debe necesariamente ejercer su internalización. En definitiva, ese proceso es el que explica la distancia –y también la convergencia– entre el ensayo de Gutiérrez y el *Facundo* de Sarmiento.

Es cierto que, como sostiene Altamirano (1997), la imaginaria orientalista en el *Facundo* está estrechamente vinculada a una función argumentativa. Pero la especificidad de un

¹³ Escribe Gutiérrez: “Nuestros caballos descienden de la mejor raza del mundo: los céfiros del Betis, como apellida un historiador americano a los caballos andaluces, son conocidamente árabes o cuando menos berberiscos”. Y más adelante: “No es exageración, cuánto hemos dicho de la influencia ejercida por el caballo sobre la parte física y moral de nuestros habitantes de la campaña, es un hecho, una verdad palpable para todos” (*El Recopilador*, N° 3 y N° 22). Una década después, Sarmiento podrá acudir a los relatos orientalistas de Victor Hugo para enfatizar el trazo criollo de esa estampa: “El caballo es una parte integrante del argentino de los campos; es para él lo que la corbata para los que viven en el seno de las ciudades. Aquí vuelve a aparecer la vida árabe, tártara. Las siguientes palabras de Victor Hugo parecen escritas en la pampa: ‘No podría combatir a pie; no hace sino una sola persona con su caballo: Vive a caballo; trata, compra i vende a caballo; bebe, come, duerme i sueña a caballo:’- (*Le Rhin*)”

uso funcional del tema orientalista –como lo muestra el régimen mimético que hemos analizado– no parece contravenir el hecho de que los procedimientos retóricos del romanticismo –con los que se vincula esa función argumental en el *Facundo*– despliegan una serie de estereotipos ideológicos.¹⁴ Estereotipos que, si en el texto de Montesquieu quedaban subsumidos a lo argumental, otras formas de representación –como la pintura, o los grabados– podían activar sin perjuicio de ningún funcionalismo. En las primeras décadas del siglo XIX, con el auge de la imprenta y el cambio de régimen, la circulación de las ideas parece haber tenido un lugar más precario y efímero, pero a la vez más potente, que lo que las confesiones de nuestros espíritus ilustrados nos tientan a suponer. Para decirlo de otro modo, las ideas también tienen contornos, y esos contornos no pueden reducirse a una mera función ornamental.

Bibliografía

ALTAMIRANO, CARLOS. (1997). “El orientalismo y la idea del despotismo en el *Facundo*”, en: Altamirano, C. y Sarlo, B. *Ensayos Argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel, pp. 83-102.

ANGENOT, MARC (2010). *El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible*, Buenos Aires, Siglo XXI.

BURKE, PETER. (2005). *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*, Barcelona, Crítica.

DARNTON, ROBERT (2008). *Los best sellers prohibidos en la Francia antes de la revolución*, Buenos Aires, FCE.

El Recopilador, Buenos Aires, 1836.

MONTESQUIEU. 1950 [1748]. *De L'Esprit des Loix*, en: *Œuvres Complètes de Montesquieu*, Société Les Belles Lettres, Paris.

MONTESQUIEU. *Del espíritu de las leyes*, traducción de Nicolás Estévez, Paris, Casa Editorial Garnier Hermanos, s/f, 2 tomos.

PALTI, ELÍAS. (2007). “Lugares y no lugares de las ideas en América Latina”, en: *El tiempo de la política*, Buenos Aires, Siglo XXI, pp. 259-308.

¹⁴ En este sentido, la litografía de la milicia turca es a la incapacidad industrial de los gauchos lo que la hospitalidad y el desinterés de los gascones es a su ponderada sencillez y desprendimiento.

PAS, HERNÁN. (2009). "La escritura de las imágenes. De *El Recopilador* (1836) al *Facundo* (1845)", en: *Revista Chilena de Literatura*, N° 75, Universidad de Chile, 217-232.

SAID, EDWARD W. 1990. *Orientalismo*, Madrid, Libertarias.

SARMIENTO, DOMINGO F. (1961 [1845]). *Facundo*, Prólogo y notas del profesor Alberto Palcos, Universidad de La Plata, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas.

SARMIENTO, DOMINGO F. (1970 [1850]). *Recuerdos de provincia*, Buenos Aires, Salvat.